

**PERLITA**



**CUENTOS FANTÁSTICOS  
Y OTROS NO TANTO**

Cuando llegué a la ciudad y ocupé la que había sido su antigua casa, todo el mundo pareció interesarse por saber quién era yo y eso, precisamente, era lo único que yo no quería desvelar. Elegí aquella pequeña ciudad provinciana y discreta para pasar desapercibida. Quería borrar mi pasado. Un pasado turbulento que me había hecho muy desgraciada. Tenía la sana e ingenua intención de comenzar de nuevo. Una nueva vida, una mujer nueva, una mujer mayor que tuviera el pasado de una niña. Y, por supuesto, un deseo imposible de realizar como casi todos los sueños, porque nuestro pasado ni siquiera es solo nuestra sombra. Nuestro pasado se ha integrado en lo más íntimo de nuestro ser y forma parte de nuestro ADN.

Pero no tengo intención de hablar de mí. Ni siquiera en estas líneas inseguras que solo yo

voy a leer. Es preciso que me hable a mí misma de “Perlita”, o sea cual sea su verdadero nombre. Porque si no lo hago cuanto antes correré el riesgo de perder la razón. Y si eso ocurre, me perderé a mí misma, y nadie podrá decirme quién soy yo.

La noche está fría y no hay estrellas. La tormenta por fin se ha instalado en este recóndito lugar rodeado de montañas y algo retirado de lo que, eufemísticamente, llamamos civilización. Este pequeño refugio me parece perfecto para mantenerme discretamente aislada, aunque no lo suficiente para no tener al alcance de mi mano todas las herramientas que nos hacen la vida más fácil. Me refiero a las comodidades necesarias y básicas: luz, agua, teléfono, posibilidades de conectarme a Internet, servicio médico, tiendas de alimentación y un largo etcétera. Algún que otro vecino, lo suficientemente amable y discreto para poder intercambiar unas breves palabras referentes al estado del tiempo, o a

la habilidad para mantener el jardín libre de malas hierbas y otras pequeñas plagas. No necesito nada más.

Alquilé la casa con todos los muebles y enseres que le habían pertenecido a la anterior propietaria. No había objetos personales, pero sí había láminas en las paredes e incluso cortinas que se mantenían en muy buen estado. Yo solo traía unas cuantas maletas y cajas con mi ropa y algunos de mis libros preferidos. Nada más. Ni siquiera me había molestado en llevarme algunas de las fotografías de papel. ¿Para qué iba a hacerlo, si cada vez que las miraba con la esperanza de que me proporcionasen un poco de felicidad terminaba llorando? Sólo mantenía algunas imágenes de tiempos recientes guardadas en la memoria de mi pequeño portátil, pero desde que tomé la decisión de huir de mi pasado, también había borrado de mi memoria el recuerdo de las mismas.

Sin embargo, aquí estoy, a la luz de unas cuantas velas y escribiendo a mano, porque se

me olvidaba decir que alguno de los primeros rayos que anunciaron la tormenta que se nos venía encima, probablemente cortó el suministro eléctrico de todo el pueblo. Y me atrevería a decir que también ha afectado a los postes que alimentan el profundo valle, porque la carretera que nos une con el pueblo siguiente también ha desaparecido engullida por la oscuridad de la noche.

No siento miedo del exterior. Estoy cómoda con las velas que me iluminan, los troncos que crepitan en la chimenea y calientan la estancia, mis lápices afilados y un montón de cuartillas para poder escribirme. Para decirme lo que siento y que mañana, cuando salga el sol como de costumbre, podré leer para intentar comprenderme.

No tengo ningún temor a lo que existe fuera de estas cuatro paredes. Ni al estruendo del trueno que persigue al brillo cegador del relámpago, sin embargo estoy aterrorizada. Siento un miedo indescriptible de mí misma, de la persona que vive en mi interior y que no soy yo. La que

es-cribe estas líneas es Sara Zárate, pero la persona que me posee y contra la que mantengo una lucha a vida o muerte no sé quién es, y me produce pánico. Al contrario de lo que podría parecer en una noche tan desangelada como ésta, esa persona parece que hoy se ha esfumado, se ha escondido en algún lugar, como si fuera ella la que siente temor. Por esa razón he decidido escribir lo que siento. Debo tomar las riendas de mi vida sin la mirada escrutadora de sus ojos vacíos como unos pozos negros, antes de que sea demasiado tarde.

Esta noche, con la mente despejada y obedeciendo mis órdenes, recuerdo perfectamente el día en el que pisé por primera vez el umbral de esta casa. Hace ya cinco años. Era primavera, y el pequeño jardincillo que la rodeaba estaba algo descuidado pero tenía una frescura y una vida que no me costó demasiado trabajo volver a restituir. Unos cuantos rosales trepadores medio retorcidos junto al porche de la entrada. Madre-selva olorosa abrazada al murete de la parte trasera; unas matas nudosas de romero, espliego

perfumado, y un par de cipreses, jóvenes todavía, pero que, esbeltos con orgullo, superaban en altura el voladizo de la primera planta. Respecto a mi jardín, eso era todo. Únicamente tuve que renovar por entero, la vallita de listones de madera pintada de blanco que rodeaba el perímetro porque estaba completamente destrozada. El interior de la vivienda casi estaba perfecto, ni siquiera retoqué las paredes, por eso me enamoré de ella, porque mi situación económica no daba para muchos dispendios. Se me olvidaba contar un detalle curioso que me hizo mucha gracia. Todavía sonrío al recordarlo. Junto a la puerta de la entrada principal, había un azulejo blanco con unas letras algo alambicadas, pintadas de un azul ultramar, que rezaba así: “*Villa Perlita*”. ¡Villa Perlita! Vaya un nombre cursi, pensé en aquel momento. Pero al entrar en la vivienda y recorrerla con suma atención, no hallé ningún motivo que me hiciera relacionar ni su decoración, ni los colores elegidos, ni el estilo de sus muebles con una persona cursi. Muy al contrario, la casa era cálida y acogedora y extraordinariamente práctica, detalle que llamó mi

atención, porque a alguien que decora su casa de una forma tan racional y, por otra parte, tan personal, no parece que le encaje el nombre. *¡Perlita!*, nada menos.

Había pasado casi un año y me sentía tan a gusto entre aquellas paredes que comencé a mirar las cosas de manera distinta. Lo de Perlita, no era tan grave después de todo. Podía ser el nombre de una niña encantadora, o de un perrito, ¿quizás de un precioso gatito blanco, suave como una bola de algodón? En fin, el nombre pasó a convertirse en algo familiar para mí aunque no dejaba de intrigarme. Por otra parte, nadie en el pueblo me pudo decir quién era la tal “Perlita”. Nadie la había conocido ni la recordaba. Yo le había alquilado la casa a una inmobiliaria que era la propietaria y que, en un principio, me la quería vender. Me hubiera gustado comprarla pero no disponía del capital suficiente ya que solo vivía de una pensión mensual que me proporcionaba justo lo suficiente para so-brevivir. Ya hacía tiempo que se habían term-



inado para mí los caprichos extravagantes y no tenía familiares cercanos con los que tuviera que relacionarme. O con los que quisiera hacerlo. Mi pasado se había terminado.

Hace algunos meses que tenía intención de escribirme a mí misma. Cada vez que me invade ese temor extraño quiero vencerlo con las palabras pero, hasta esta noche, me ha sido imposible. El silencio denso y monótono del ambiente que habitualmente me rodea, consigue bloquear mi cerebro y paraliza mi mano. Y, lo que es mucho peor, ensombrece todos mis pensamientos. Pero esta noche tormentosa y revuelta, con el tamborileo de la lluvia sobre el viejo tejado y el cegador brillo de los relámpagos, ha servido para que todo mi ser se despierte de golpe, de la misma manera que la potencia de un rayo sirvió para insuflar la vida en el infeliz monstruo del doctor Frankenstein. Voy pues a aprovechar esa energía maravillosa que ilumina mi mente para seguir con el relato de todos mis temores.

Recuerdo que desde pequeña fui una niña rebelde. No podía soportar la disciplina que reinaba en el hogar de mis padres. No cesaba de pelearme con mis hermanos, todos ellos varones, y jamás obedecía las órdenes de la vieja maestra, y muchísimo menos, respetaba al director de la escuela, que según mis recuerdos de niña “era un tirano”. Es curioso que me atreviese a llamarlo con ese calificativo, si tengo en cuenta el tiempo que tuvo que transcurrir hasta que llegué a comprender el verdadero significado de esa palabra. Sin embargo lo llamaba tirano, lo recuerdo muy bien. Cada vez que me castigaba y tenía que perder el recreo y los juegos, lo miraba en silencio y mis ojos de niña lo llamaban así. De aquellos primeros años de mi vida, guardo pocos recuerdos. Peleas con mis hermanos mayores, algún baño en la playa, soledad y silencios. Largos silencios, sola en mi habitación con alguna muñeca que escapa a mi memoria.

El resto de los días de mi vida los podría describir como lo haría un daltónico pintando sobre un lienzo. Con unas breves pinceladas de

blancos y de grises, sin matices brillantes ni grandes explosiones de color ni de brillo. Sólo el gris anodino, y los siniestros tonos oscuros de una noche sin luna. En esta noche viva de refulgentes muestras de luz y de bramidos, he caído en la cuenta de que no fui feliz. Y no porque la vida que pasaba a mi lado no quisiera ofrecerme momentos muy hermosos, sino porque fui tan estúpida que no supe apreciarlos.

Es curioso que precisamente hoy, a la luz vacilante de unas velas de primitiva cera, con mano temblorosa y sin el conocido sonido de las teclas amigas, lo vea todo tan claro. Recuerdo lo cansada que estaba cuando decidí darle un giro a mi vida. Un cambio radical. Cortaría con todo y seguiría el incierto camino de encontrarme a mí misma.

Durante mucho tiempo, estuve trabajando como corresponsal en un importante periódico de la capital y, después de mi jubilación, todavía les enviaba artículos que me publicaban y me ayudaban económicamente a cubrir los gastos.

Pero todo aquello terminó hace ya algunos años. Debido a mi trabajo de corresponsal tenía que viajar con frecuencia a países lejanos. Lugares peligrosos que inyectaban en mi sistema nervioso la adrenalina necesaria para sentirme feliz. Contemplar los escenarios terribles en los que mis congéneres se destruían con mayor ensañamiento que lo hacen las bestias salvajes, me revolvió las tripas y le infundía a mis artículos una ferocidad ingeniosa y muy atractiva para lectores y editores. Artículos que se vendían a precio de oro, y que leían con avidez morbosa el resto de los habitantes del planeta. Personas, cuyas vidas discurrían sumergidas en la monotonía de sus rutinarias tareas cotidianas. Políticos hipócritas e incompetentes, que dejaban transcurrir el tiempo acudiendo a inútiles reuniones en lugares paradisíacos, en vez de resolver unos problemas que, a fuerza de repetirse, terminaban por inmunizarlos ante todas las tragedias humanas. El poder, la ambición, la vanidad, el egoísmo, la frialdad, el fanatismo. La deshumanización...

Enviar mis reportajes denunciando las tragedias y las injusticias, se convirtió en mi lucha, una guerra privada contra todo lo espantoso que nos hacíamos los unos contra los otros. Si mis duras palabras lograban despertar algunas conciencias bondadosas, habría participado en algo positivo. Mi paso por este mundo habría servido para hacer algo importante. No era vanidad lo que me motivaba, al contrario, me gusta pasar desapercibida, incluso utilizaba un '*nom de guerre*' para firmar mis artículos, era simplemente una especie de altruismo ingenuo. Sin embargo, para describir con cierta objetividad los horrores de los que era testigo tenía que mantenerme alejada. Una mente fría y clara, desapasionada, tenía que guiar mi mano y mis palabras. Mis denuncias al fin. Y esa frialdad se fue apoderando de mi corazón como una serpiente venenosa e invisible que se instaló en lo más profundo de mi alma, hasta que mi trabajo se convirtió en mi dueño y señor. Mis viajes a los lugares en los que había conflictos se fueron sucediendo y

alargando en el tiempo y, casi sin darme cuenta, me fui distanciando de lo que verdaderamente estaba más cerca de mí: mi marido, mi hijo y mi hija.

Cuando regresaba a lo que había sido un hogar razonablemente feliz, era como una extraña a la que se la recibía por pura cortesía. Recuerdo que al principio mi marido protestó, y mis hijos, cuando aún eran pequeños, también lo hicieron, pero poco a poco, ellos, al no ser escuchados por la madre que fui, comenzaron a guardar un profundo silencio. Y yo no supe hablarles.

Lo último que recuerdo es una fría despedida aquel amanecer en que, por su bien, decidí abandonarlos. ¿Hice bien en huir? Eso pensé aquel día, y todavía lo creo, pero algo en mis entrañas se secó para siempre como suelen secarse los pequeños torrentes al llegar el estío.

La luz eléctrica ha regresado. La tormenta, después de descargar su furia, desapareció de-

trás de las montañas y una luna opulenta reina solitaria en el cielo negro. El silencio me acompaña de nuevo. Me siento muy cansada. Apago cada una de las velas cuya llama bailarina me ha hecho compañía. Necesito dormir. Mañana volveré a leerme mi historia.

El rayo amarillento del sol revolotea en mi rostro y el aroma de la tierra mojada acaricia mi olfato. Me despierto. Abandono la cama, ligera, como si hubiera descansado durante largas horas. Me asomo a la ventana y aspiro con avidez el revuelto de olores, colores y sonidos. Siento el frío contacto del suelo bajo mis pies desnudos y los oculto buscando su calor en mis viejas babuchas. Me cubro con el batín floreado que cuelga, indolente, del pomo de la puerta. Una vez en el baño, me miro en el espejo y, con amplia sonrisa, me digo con ternura: *“Buenos días Perlita, ¿has descansado bien?”* Sin mediar palabra inclino la cabeza y asiento a la imagen que repite mi gesto. Bajo despacio el tramo de escaleras y entro en la cocina, luminosa y alegre. Necesito un

café fuerte, cargado. Necesito sentir el peso de mi cuerpo. Tomo la cafetera y abro el armarito donde guardo los tarros con el aromático polvo negro. Y entonces dirijo mi mirada distraída hacia la mesa que está situada junto al pequeño mirador que da al jardín. Unas hojas de papel, escritas con una letra grande y firme, unos lápices erguidos en la jarra, otros cruzados sobre el texto escrito y unos cabos de vela perlada, descansan sobre el mantel a cuadros. Un temblor incontrolado se apodera de mí. El tarro de cristal resbala de mis manos, revienta contra el suelo y el polvo negro se extiende como lava sobre el pavimento. ¡El terror me ha invadido de nuevo y grito, chillo como una niña loca, y lloro! ¡Ella ha vuelto! ¡Y quiere arrebatarme lo que es mío! Quiere que abandone el minúsculo paraíso en el que habito y sabe Dios dónde desea llevarme. Cierro los ojos. Silencio de nuevo. Silencio y oscuridad. Y terror infinito...

Aparcaron el coche en una de las plazas marcadas en el suelo del gran aparcamiento.



Dejaron el techo de policarbonato y siguieron el paseo bordeado de delicados álamos blancos y plateados. Muy cerca, el río manso verdeaba tranquilo susurrando entre juncos. Llegaron a una amplia extensión de césped bien cuidado. Aquí y allá, como las margaritas en medio de una verde pradera, había butacones de mimbre, tumbonas de terraza, sillitas de madera, y todas pintadas del color de las nubes los días de verano. La estampa se movía al azar, como las mariposas en su errático vuelo, porque paseaban personas de distintas edades, razas y condiciones. Algunas lo hacían en silencio y otras, susurraban bajito, bien para ellas mismas o para algún pequeño círculo que se había formado y que se deshacía sin darles tiempo a nada. Unas breves palabras, una leve sonrisa y seguían su camino con movimientos lentos.

David miró a su hermana que lloraba en silencio. Sus ojos también enrojecidos, pruebas visibles del dolor que sentía. La Residencia tenía buen aspecto, un edificio moderno de estilo fun-

cional, aunque no frío. Veinte escalones separaban la tierra del cemento, y en sendos laterales había dos rampas para el fácil acceso de las sillas de ruedas. Minutos antes de traspasar las puertas, Sara le dio a su hermano una carpeta negra repleta de papeles:

— “Habla tú, murmuró yo no puedo”.

Los hermanos se aproximaron al gran mostrador reluciente de mármoles rosados y verdes, y una de las jóvenes que había tras la barrera se dirigió a ellos con toda la cortesía y la frialdad de su rutina diaria:

— ¿A quién desean ver?

— Somos Sara y David Cohen Zárate, hijos de doña María de la Perla Zárate, aquí tiene todos los documentos que lo acreditan. Le contestó David con voz quebrada.

— Ya veo, creo que el doctor Villanueva los esperaba hoy. Esperen un momento en la sala por favor.

De nuevo la eficiente enfermera apareció en la puerta y condujo a los hermanos al despacho del médico.

— Ante todo les agradezco mucho que hayan podido venir. Les dijo el doctor Villanueva mientras les tendía la mano. Hagan el favor de tomar asiento.

— Por mi profesión, continuó el doctor en tono afable, comprendo que ha debido ser muy duro para ustedes tomar esta decisión después de tantos años de olvido y de resentimiento. Y, muy especialmente, después de que ustedes le comunicaran a su madre la muerte de su padre y no recibieran de ella ninguna respuesta. Pero su presencia aquí en estos momentos es una muestra inequívoca de su buena disposición y buena voluntad.

Iré directamente a la situación mental de su madre. Cuando termine nuestra entrevista recibirán un informe exhaustivo que contiene todos los datos referentes a doña María de la Perla Zárate. Si ustedes desean venir a visitarla en el futuro serán muy bienvenidos. Por lo demás no deben preocuparse por nada respecto a la estancia de su madre en esta Residencia — Sanatorio porque probablemente antes de que los primeros síntomas de su enfermedad hicieran mella en ella, firmó su compromiso con nosotros. La señora Zárate tuvo suficiente fuerza y lucidez para tomar las medidas necesarias de manera que ninguno de los dos tuviera que sufrir más por culpa suya. Cuando firmó su contrato con nosotros lo hizo como residente. Nuestras dependencias están dotadas de diferentes áreas para poder atender las distintas dolencias de nuestros mayores.

El doctor emitió un leve carraspeo, y miró con ternura a la joven pareja que parecía estar viviendo una pesadilla. Intentó que sus labios sonrieran para darles aliento, pero no lo logró.

Acto seguido se caló las gafas y ojeó los papeles que tenía ante sí.

— Todavía no hemos llegado a una conclusión definitiva respecto a su estado mental, por supuesto está claro que sufre un trastorno mental, pero solamente ha permanecido en nuestra casa durante quince días y nos llevará algún tiempo diagnosticar su caso con más profundidad.

Lo que hemos averiguado hasta el día de hoy ha sido leyendo los escritos que tenía en su ordenador y su última carta manuscrita que fue cuando tuvo la crisis. Según su forma de actuar, creemos que cuando alquiló la casa todavía no habían aparecido síntomas evidentes de su desarreglo mental. Los testigos de la agencia así nos lo han confirmado y, un detalle curioso, tampoco existía en el porche de la casa un azulejo con el nombre de “*Perlita*”, debió colocarlo su madre cuando comenzó a tener ‘cambios de personalidad’. Pero analizando sus notas escritas en el ordenador, hay pruebas evidentes de

que la señora Zárate comenzó lentamente a perderse en ese mundo tenebroso que confunde lo real con lo soñado. Viviendo en ese confinamiento, aislada del mundo exterior, y torturada por los muchos errores cometidos en su vida pasada, comenzó a desvariar. Perdió todo contacto con la realidad y con su propio yo. Hay una frase muy reveladora en el ordenador en la que describe '*...El terror de mirarte al espejo y ver un rostro frente a ti que no es el tuyo. El rostro aterrador y frío de una extraña...*' Y más tarde, la noche de la tormenta se produce en su alma una nueva y profunda catarsis, se confiesa a sí misma sus terribles errores pero firma la carta con el nombre de '*Sara*'. El nombre de su hija. Lucidez y locura mezcladas en esa confesión llena de arrepentimiento y de valiente sinceridad.

El proceso debió de ser muy lento, pero no podemos saberlo a ciencia cierta, afortunadamente ya está aquí y aunque no seamos capaces de curar su enfermedad podremos evitar que sufra más. Aquí se sentirá protegida, respetada y

amada, porque para vergüenza de la raza humana en el mundo exterior todavía se suele comparar a los *'locos'* con los *'endemoniados'*.

Durante unos segundos el doctor Villanueva guardó silencio. Mientras pronunciaba sus últimas palabras pareció levemente golpeado por una cierta emoción. Leve, casi imperceptible, pero Sara se levantó y le tendió la mano. Estaba agradecida, libre del peso del rencor y del resentimiento que le había amargado gran parte de su adolescencia y de su vida de adulta.

— Muchas gracias doctor, por sus palabras y su delicadeza. Creo sinceramente que usted hará bien su trabajo y mi hermano y yo vendremos muy a menudo para ayudarlo en su maravillosa tarea. Y ahora, si le parece bien David y yo quisiéramos ver a nuestra madre...

La enfermera les indicó el camino. Tras una larga peregrinación por los pasillos, alcanzaron la puerta deseada.

Perlita, sentada junto al ventanal observaba el enorme jardín. Tenía la mirada serena de una niña inocente. Sara se arrodilló junto a su madre y le estrechó las manos. David besó su frente. Perlita giró el rostro y sonrió. Su sonrisa era dulce y se dejó querer como una niña anhelando cariño. Durante un breve instante sus pupilas brillaron con esa luz intensa que da el entendimiento, y pasado ese tiempo la mujer giró el rostro y sus ojos vagaron sin rumbo sobre el extenso mar de césped verde.

Tres seres que vivían en mundos diferentes y que habían pertenecido al mismo cuerpo, durante unos minutos, volvieron a fundirse en uno solo...

Madrid, febrero de 2015